



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 47.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs., un año 80 rs.

MADRID 19 DE NOVIEMBRE DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.



Grandes lluvias han inundado la península y en verdad que no hemos sido en la corte los menos favorecidos; algo se ha levantado el tiempo en los últimos días de la semana; no lo bastante sin embargo, para que esperemos que se despeje pronto el horizonte y resplandezca el sol sin nubes ni antifaces, ni telarañas.

Consecuencia de los tiempos han sido los siniestros marítimos en gran número é inevitables; contándose entre los personales el hundimiento del tren en la línea de Navarra al ir á pasar el puente del Jalon, con muerte de algunas personas y lesiones de muchas.

Cosa es que sorprende dolorosamente el ver que siempre que hay temporales, casi todas las vías férreas se inutilizan y muchas obras de fábrica se derrumban. Y consiste en que hechas todas á destajo y por ello lo mas barato posible, quedan lo mas mal posible. No lo extrañamos de los destajistas, que al fin tienen por norma lo de barato y malo: no de las empresas que siempre escasas de dinero tratan de salir del paso; de quien mas lo extrañamos es de los ingenieros oficiales que reconocen las obras y las dan por buenas y sólidas y arregladas al arte.

Lastimoso es por cierto que economías mal entendidas obliguen despues á las empresas á gastar en el entretenimiento de los ferro-carriles casi todos sus pro-

ductos; pero mas lastimoso, que la lenidad de los que deben inspeccionarlos sean causa de tantas desgracias como ocurren, no debiendo ocurrir.

Viciosos son los extremos; pero preferimos el de cierto gobernador de cierta provincia que prohibió la explotación de cierta línea férrea, porque no se habian dado dos manos de verde á las barreras que cierran los pasos á nivel; al extremo de precipitación con que mal examinadas las obras, y muchas veces sin concluir, se declara abierta la línea y se alaba la prontitud de la construcción, aunque los pasajeros se rompan la crisma en el primer viaje.

En cambio de los percances de mar y tierra, las lluvias y huracanes que han convertido el otoño, *la hermosa estacion de Madrid*, en terrible invierno, nevando copiosamente en la Granja y obligándonos á encender las chimeas y sacar al aire las capas, han forzado al cólera á tomar las de Villadiego, ó como decia un traductor francés, marcharse á la ciudad de monsieur Diegó. Se conoce que el cólera se va afeminando conforme va creciendo en edad. Ataca á todo vicho viviente en la Siberia donde hasta, las palabras se hielan, sin importarle un bledo del frio de 20° bajo cero que á veces se siente, y aquí, á los quince dias de fresquillo, nos deja para refugiarse en Nápoles que es tierra caliente. Buen viaje y mandar.

Os dije en mi anterior revista el pánico de los berlineses por la desaparicion de varias personas, que se creia iban á parar á las salas anatómicas como objeto de experimentos; pues no es menor el susto que tienen los de Reus; porque de la noche á la mañana han desaparecido tambien dos hermanos comerciantes, sin que se haya podido rastrear su paradero.

Y lo particular del caso es, que han deplorado mas el suceso las personas que tan solo los conocian, por reacciones comerciales, y digámoslo asi, de cumplimiento. Cierto es que han desaparecido con todos sus fondos; porque los hermanos han creido que debian igualar á todos sus acreedores, y que para el viaje que emprendian, les eran necesarios de toda necesidad, como que eran dos, los dos millones que se han anexionado; parodiando la opinion de García del Castañar sobre las pérdidas:

Mi hermano uno, otro nos
Nos llevamos, que no hay cosa
Como á dos millones, dos.

Y ¡bueno está el comercio! Por todas partes quiebras, suspensiones de pagos, sociedades en liquidacion, fugas de los bribones y suicidios de los dementes. En Barcelona ha ocurrido el de uno de los agentes principales, que con su muerte ha arruinado á muchos. ¡Bonito consuelo para los acreedores! En lugar de presentarse animosos, como hombres honrados, y contar sus desgracias, y pedir auxilios para volver á empezar, ó cuando menos ofrecer emplear su inteligencia, su trabajo, su porvenir para adquirir medios con que pagar; no señor, levantarse la tapa de los sesos, ó pasarse por agua ó estrellarse, y todo está compuesto. Asustan en verdad las proporciones que va tomando en España el suicidio, delito desconocido en los antiguos tiempos, y que segun las últimas estadísticas, alcanza el número de casi 300 anuales.

Mirado religiosamente, el suicidio es el crimen mayor que puede cometer el hombre. La negacion de Dios.

Mirado filosóficamente, la necesidad mas insigne de un bipedo. Pegarse un trompazo, porque otros se han arruinado.

Mirado utilitariamente, la cosa mas inútil del mundo. El que se suicida, no arregla sus negocios ni poco ni mucho; y que á quien le deben 50,000 duros le den por pagado con un pistoletazo; francamente, no creo que le haga maldita la gracia. *Que haya un cadáver mas, ¿qué le importa á los acreedores?*

Y tales son las ideas actuales que cunden entre esa gente semi-ilustrada, irreligiosa; ó de pasiones violentas y de poco juicio, que si sigue la crisis, nos parece que no serán los últimos crímenes de esta clase que lamentemos.

En lo que deben pensar los hombres estudiosos es en buscar remedio á estos males, consecuencia de la verdad que la nueva escuela economista proclama; de que la absoluta libertad en las transacciones no es como se habia creido, la panacea universal de las crisis; y que quizá el sistema prohibitivo, despojado de sus exageraciones, puede aplicarse en algunos casos con feliz éxito; como en lo moral el sistema represivo los produce casi siempre.

La libre concurrencia, buena en sí, entraña males que es preciso atenuar; engendra pasiones terribles, que llevan á la bancarota lo mismo á los pueblos que á las naciones.

Porque no hay que dudar; mientras la norma de

nuestras acciones sea lo que hagan otros, siempre estaremos así. Inglaterra tiene esto: imitemos á Inglaterra. Francia tiene lo otro: imitemos á Francia. Estaríamos mejor con tal cosa; comprémosla ó hagámosla. Pero no tenemos dinero: ¿qué importa? Las naciones cuanto mas deben mas ricas son. Y así es que Inglaterra tiene un déficit de 5 millones de libras esterlinas, é Italia de 400 millones de francos, y Francia de 100 y nosotros segun dicen de 15 millones de escudos, y os lo digo en millones de escudos y no de reales; porque parece mas poquito.

De todos modos felicitamos á España por ir á la cola de las demás naciones en este natural efecto de la civilización.

En Méjico parece que el partido Juarista va de venceda. El emperador Maximiliano fundándose en que el tiempo de la presidencia de Juárez ha concluido y que por lo tanto el imperio es el gobierno proclamado por la voluntad nacional, ha decidido pasar por las armas, (vulgo fusilar) á todos sus contrarios.

Ya habreis visto el manifiesto de la política inglesa y la política francesa; aquella espresada por lord Jhon Russell, ésta por el emperador Napoleon en su folleto sobre la Argelia. Os advierto que en realidad de verdad, lo mismo es la una que la otra; las dos naciones hacen lo que les acomoda cuando pueden, y lo que pueden, cuando no pueden hacer otra cosa. Solo que el uno dice lo que piensa y el otro lo que desearia que los oyentes creyeran. Lord Jhon Russell proclama que hay dos puntos de vista: «Primero, el de los principios. Segundo, la política práctica; y que la aplicacion de los principios es una cuestion de circunstancias.» Es decir: si conviene que las soluciones se ajusten á los principios, se ajustan las soluciones á los principios; pero si conviene que los principios se ajusten á las soluciones, lo mismo da, se ajustan los principios á las soluciones.

Total: haré lo que me convenga.

El emperador habla de otra manera al tratar la cuestion de Argelia: «El objeto dice que debemos proponernos es: ganar las simpatías de los árabes por actos positivos: atraer nuevos colonos, presentándoles como ejemplo, la prosperidad de los antiguos: tener en cuenta los productos del Africa en hombres y recursos, y poder así disminuir nuestros ejércitos y nuestros gastos. Pero es preciso no olvidar que la Argelia es al mismo tiempo un reino árabe, una colonia europea, y un campo francés.»

Y como es un campo francés y los franceses necesitan siempre tener un campo, de aquí que es música celestial lo de disminuir el ejército de Argel y los gastos.

Pero no hay remedio; hoy sin quererlo, repugnándolo mi razon; el instinto me lleva á meterme en honduras extranjeras, y se acaba la revista sin que os haya dicho una palabra ni del arranque de bravía independencia del comité democrático de Barcelona, que se declara hijo emancipado del de Madrid; ni de la cuestion de retraimiento; ni del alejamiento de cementerios que trata de hacerse, para que ni los muertos queden tranquilos en su sepulcro; ni de la próxima venida de la corte á la corte, segun dicen; ni del botamiento en las aguas del Támesis de la fragata blindada *Victoria*, presidido por el duque de Montpensier; ni de la insurreccion de la Jamáica, que sigue despues de haber sido asesinados por los negros infinidad de blancos; ni de la cuestion de los Estados-Unidos é Inglaterra sobre si deben entregarse ó no entregarse los corsarios del Shenandoa, que no se entregaron; ni por fin de las renunciaciones de Espartero y Olózaga del cargo de individuos del comité progresista, y del encumbramiento probable de otros que no son Esparteros, ni Olózagas ni mucho menos.

Ya habreis visto el manifiesto de los moderados: no peca de corto.

Pero este es achaque de todos los que escriben: así me imitarán... ¿pero qué digo, si sobra la mitad de la Revista?

Mas lo hecho, hecho está y ya la teneis á cuenta de la de la semana que viene.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

LEON GALINDO Y DE VERA.

LA AFICION A LOS LIBROS

ENTRE LOS ORIENTALES.

Los árabes despues de haber causado admiracion al mundo por sus hechos casi fabulosos, sintieron debilitarse un poco en ellos aquel ardor impetuoso, que los habia transformado en guerreros casi invencibles. Dueños de las provincias mas hermosas del Asia, del Africa y de la Europa y rodeados de naciones civilizadas, conocieron bien pronto el precio de las riquezas, el atractivo de los placeres y los goces del lujo y de la magnificencia; en una palabra, toda esa serie de necesidades ficticias que llegaron á ser á sus ojos necesidades indispensables á las que se sometieron sin repugnancia. Sin embargo poco tiempo tardaron en conocer que el hombre, como ser dotado de un alma inteligente y

elevada, necesita un goce superior al que proviene del uso de los objetos materiales. Entonces comprendieron que los pueblos que habian sometido á su yugo eran bien superiores á ellos en cuanto á sus conocimientos, y á pesar de la opinion de Omar, conocieron que el Coran no reunia en sí toda la ciencia que habia ya en el mundo; que entre aquellos pueblos que á los ojos de los árabes se componian de bárbaros y de infieles destinados al infierno, habia conocimientos que los sectarios del islamismo podian y debian envidiar. Dominados por esta idea se decidieron á pedir lecciones y modelos á los pueblos que estaban bajo su dominio. Los persas, pero sobre todo los griegos, suministraron á los árabes los primeros elementos de su literatura. Califas celosos de la gloria de su nacion favorecieron este movimiento, y la lengua árabe reprodujo bien pronto una multitud de obras extranjeras.

Es preciso convenir sin embargo en que lo que tomaron de otros pueblos no fue todo muy bien escogido. Los primeros maestros de los árabes fueron en general médicos sirios, los cuales encargados de traducir al árabe las obras de los griegos, consultaron con frecuencia mas bien su propia inclinacion, que el valor intrínseco de las obras. Acostumbrados á los libros de los médicos, de los filósofos y de los dialécticos griegos, cuya lectura formaba sus delicias, fueron en general á buscar en esta clase de escritos los obras destinadas á formar el gusto de los árabes. Estas numerosas traducciones no deben considerarse como adquisiciones tan preciosas; algunas de ellas ejercieron una influencia desfavorable sobre el espíritu de los árabes, puesto que sirvieron para despertar en ellos el gusto de una lógica sutil que los hizo tan temibles en la disputa y que fue la causa de controversias vivas, tenaces y á veces interminables. Los escritores musulmanes notan con dolor que la introduccion de los escritos de los filósofos griegos en la lengua de los árabes, cambió estos hombres groseros; y que de esta época data el nacimiento de esas sectas tan numerosas cuyos principios, casi siempre absurdos, llevaron la turbacion y la discordia al seno del mahometismo.

Estas obras ejercieron una influencia inmensa sobre los árabes, aunque como hemos dicho, no les dieron toda la instruccion que era de desear. Principalmente escitaron una emulacion laudable; porque los árabes cansados y avergonzados de debérselo todo á los extranjeros, quisieron probar que servian para algo mas que para copiar á los griegos y ensayando sus propias fuerzas hicieron nacer la literatura árabe, que bien pronto se enriqueció con un gran número de obras originales sobre asuntos muy diversos.

El gusto de las letras llevó consigo como era natural la aficion á los libros; por lo tanto desde que los árabes llegaron á gustar de la lectura, hubo entre ellos una multitud de calígrafos que se dedicaron á copiar las obras de los escritores de su nacion. De este modo se multiplicaron rápidamente los ejemplares de las obras árabes y se formaron las colecciones de libros. Los califas dieron el ejemplo que siguieron despues los hombres ricos y todos los que tenían aficion á las letras y medios de fortuna para poder satisfacerle. Es verdad que muchas veces el deseo de hacer gala de sus riquezas fue lo que indujo á algunos ricos á reunir estas colecciones; pero de todos modos hicieron un servicio inmenso, porque alentaron á los escritores con la esperanza de poder sacar un fruto seguro de sus obras y escitaron á los calígrafos á multiplicar las copias de los buenos libros, sabiendo que podrian deshacerse de ellas ventajosamente, y por último dieron á los escritores que contaban con pocos medios la facilidad de leer y de consultar una multitud de obras interesantes de las que no hubieran podido tener copias por sus escasos recursos.

La historia no ha conservado detalles acerca de estas numerosas bibliotecas existentes en las ciudades sujetas á la dominacion musulmana. Desgraciadamente no se revela su existencia hasta el momento en que algun accidente funesto, viene á destruir ó á dispersar los tesoros que contenian. Considerando las guerras sangrientas que siempre han desolado el Oriente, los saqueos de las ciudades, las sediciones acompañadas de excesos tan deplorables y los incendios horribles que se suceden con tal frecuencia en aquellos países, se comprende fácilmente que han debido perecer millares de manuscritos sin que ninguna fuerza humana pudiera salvarlos.

El libro mas perfecto para los musulmanes, el que debe formar entre ellos la base de toda biblioteca, es el Coran; por esta razon desde el nacimiento del islamismo los ejemplares de este libro venerado se han multiplicado hasta lo infinito y hombres del rango mas elevado como califas y sultanes han considerado como un honor el copiar de su propia mano el código fundamental de su religion.

El califa Othman, tercer sucesor de Mahomet, se habia dedicado con un celo infatigable á hacer reunir en un solo cuerpo las partes dispersas é incoherentes del Coran, y no contento con este servicio tan señalado que habia hecho á la teología musulmana y á la literatura árabe; habia considerado como un deber el hacer cuatro copias de esta obra, las que envió á diferentes ciudades notables del imperio musulman. En

el momento en que este califa fue asesinado por súbditos rebeldes se hallaba leyendo este libro sagrado. El ejemplar que en sus últimos momentos habia tenido en la mano pasó despues de su muerte á su hijo Kliz y luego á sus descendientes. Cuando se extinguió su familia desapareció el libro, pero algunos doctores Siria dicen que existia en la villa de Antartous. Otros escritores dicen que en la mezquita principal de Córdoba se encontraban cuatro hojas manchadas de sangre, de un Coran, que se creia que habia copiado el califa Othman.

En una ciudad de Siria fundada por el califa Othman ben-Abd-alaziz se conservaba el Coran que habia copiado este mismo príncipe. El terrible Hadjadj-ben-Juzuf habia copiado muchos ejemplares del Coran y le enviaba de regalo á diferentes ciudades del imperio musulman. El sultan Ibrahim, hijo de Mahmud el Gánevide, tenia una letra hermosa y cada año copiaba un ejemplar del Coran para enviarle á la Meca.

Segun Ibn-Khaldun el sultan africano Abulhasa envió de regalo á la Meca un Coran escrito de su propia mano y al que habia hecho adornar con una magnificencia estremada. Despues mandó hacer otra copia que adornó como la primera y que la regaló á la ciudad de Medina: cuando murió dejó sin terminar otra que habia destinado á Jerusalem. La tradicion y la historia mismos han conservado los nombres de una multitud de príncipes y de personajes de alto rango que han hecho numerosas copias del Coran, que enviaban despues á las ciudades y mezquitas principales.

Entre las bibliotecas mas notables del Oriente hay que contar la de Abulkasem-Ismael ben-Abbad, visir del príncipe Fakhr-Eddaulah: segun la tradicion necesitaba cuatrocientos camellos para trasportar sus libros. El historiador de la familia de Ali dice que éste tenia una biblioteca de ochenta mil volúmenes. El mismo historiador dice que la biblioteca del cadí Fadel-Abderrahman-Scheibani contenia ciento cuarenta mil volúmenes. Segun otro escritor, el historiador Wakedi que vivia en Bagdad, teniendo que trasladarse á la orilla oriental del Tigris, necesitó ciento veinte camellos para trasportar sus libros; otros dicen que tenia seiscientas cajas llenas de volúmenes.

Cuando el califa abásida Mostanser hizo edificar en la parte oriental de Bagdad un colegio magnifico al que dió su nombre, unió á él una biblioteca compuesta de libros muy preciosos: segun un historiador esta biblioteca contenia ochenta mil volúmenes; pero en el siglo VIII de la hegira no quedaba el menor vestigio de ella.

Diferentes historiadores nos dan noticia de una multitud de bibliotecas tanto públicas como particulares que habia en Bagdad, Basora, Hamadan, el Cairo, Alepo, etc.; pero la mayor parte de ellas perecieron por incendios ó fueron destruidas por los trastornos de las guerras que siempre han agitado aquellos países.

Un historiador árabe refiere que en Trípoli de Siria se habia fundado una academia célebre, bajo el patronato de los cadis de la familia de Ammar, y que esta academia poseia una biblioteca compuesta de tres millones de volúmenes. En ella se contaban cincuenta mil ejemplares del Coran y veinte mil comentarios sobre este libro. La familia de Ammar sostenia en este edificio cien copistas que percibian un sueldo anual y además enviaba á todas las provincias hombres hábiles encargados de comprar las obras mejores que pudieran encontrar. Segun un historiador árabe, cuando Trípoli cayó en poder de los cruzados en el año 503 de la hegira, un sacerdote cristiano entró en la biblioteca; la sala en que se encontraba era precisamente la que contenia los ejemplares del Coran. Habiendo tomado en la mano veinte manuscritos sucesivos y encontrando siempre la misma obra, declaró que el edificio no contenia mas que libros heterodoxos. A consecuencia de esto los francos le pusieron fuego y la redujeron á cenizas; apenas pudieron salvarse mas que un pequeño número de volúmenes que fueron dispersados en diferentes países. Los historiadores orientales citan así este hecho; pero siguiendo la opinion del erudito Mr. Quatremère de quien tomamos estas noticias, se puede creer que los musulmanes, á los que se les habia echado en cara con frecuencia el incendio de la biblioteca de Alejandría, inventarian ó exagerarian este hecho para hacer recaer sobre los cristianos una acusacion de barbarie del mismo género.

Algunos orientales han llegado á tener una verdadera pasion por los libros, como puede tenerse en los países mas civilizados. Segun Nowairi, el visir conocido bajo el nombre de Kadi-Akrám (el cadí generoso) amaba con pasion los libros y reunió una coleccion de ellos superior á la que habia tenido nunca un hombre de su rango. Como en todas partes conocian su aficion á los libros se los llevaban de todos los países; así reunió millares de volúmenes, que eran obras capitales de caligrafía ó que habian sido escritos por los autores mismos. En general pagaba bastante los libros para que el vendedor quedase satisfecho, y una vez el libro en su poder, le leia todo y le colocaba despues en su biblioteca de la que no le dejaba salir, ni le enseñaba á nadie. Esta coleccion, estimada en cincuenta mil piezas de oro, se la dejó á su muerte al príncipe de Damasco.

Entre los árabes de España es donde parece que la

Creciendo su reputacion, fue nombrado en 1821 comandante de un batallon de la Milicia, cargo peligroso en aquella época, y que le espuso á perder la vida á manos del guerrillero realista Lopez.

A la muerte de Fernando VII se presentó á S. M. la reina gobernadora ofreciéndole su influencia en la provincia, la que le acogió con suma benevolencia.

Comandante de la Milicia urbana, diputado provincial, despues diputado á Córtes, distincion que obtuvo constantemente desde 1836, designado para senador por el pueblo de Madrid, alcalde corregidor del mismo; las pruebas de estimacion del pais debidas á su probidad y su celo por el bien público, se multiplicaban prodigiosamente.

A consecuencia de los sucesos de 1843 fue condenado á muerte: emigrado recorrió Portugal, Francia, Bélgica, Inglaterra y otros puntos de Europa: cuantos españoles carlistas ó liberales encontró prófugos por los acontecimientos políticos, fueron socorridos por Cordero, suficientemente rico para poder dar; sobradamente caritativo para no cansarse en aliviar la miseria de sus compatriotas sin distincion de opiniones.

En 1847 fue elegido de nuevo diputado á Córtes, pero tuvo que abandonar á Madrid á consecuencia de los sucesos de 1848, que tan hondamente perturbaron á Europa; volviendo en 1854 como diputado de las constituyentes, en cuyas Córtes figuró como uno de los mas consecuentes en sus antiguas opiniones progresistas.

Honrado con la gran cruz de Isabel la Católica por el marqués de Miraflores, elegido diputado provincial por el distrito del Centro de Madrid y presidente de este cuerpo popular; ni los honores, ni los años, ni lo mucho que habia trabajado en favor de los pobres, le hicieron creerse exento de seguir las mismas fatigas.

Invadido Madrid por la epidemia, que hoy casi podemos decir que ha desaparecido, le amonestaron sus amigos para que atendida su avanzada edad moderase su celo ó se ausentase; pero les contestó: «No dejaré mi puesto: mis convecinos me necesitan en estas difíciles circunstancias, y no los abandonaré egoista y

»cobardemente. Si muero moriré cumpliendo con mi deber.»

Y desgraciadamente los temores de sus amigos se realizaron. El dia 22 de octubre, le sorprendió la muerte, dedicado á visitar enfermos y proporcionarles toda clase de auxilios: la Diputacion provincial de Madrid para gloria suya y ejemplo de la posteridad, determinó colocar el busto del señor Alonso Cordero en el salon de sesiones, y á su pie grabadas en oro las palabras que dejamos transcritas.



DON SANTIAGO ALONSO CORDERO.

Ha sido uno de los hombres mas populares de esta época: su empeño en no dejar el traje característico de su pais, que usaba siempre, le hizo ser conocido por el *Maragato*. Fiel hasta la tumba en sus opiniones políticas, benévolo para todos, caritativo en gran manera, empleando sus grandes capitales en empresas útiles, que daban trabajo y pan á los pobres; era universalmente querido y su muerte fue por todos sentida.

Que Dios le haya recibido en su gloria.

CONCLUSION
DE LA CORRESPONDENCIA
DE GUIPUZCOA.

Señor don José Puiggari:

BARCELONA.

San Lorenzo del Escorial 30 de agosto de 65.

Continuando, mi querido amigo, la ligera reseña de mi viaje de vuelta de las provincias Vascongadas, diré á usted que salí de Vitoria á la una de la tarde; y á las tres de la madrugada entré en Avila de los Caballeros. Permaneci en esta histórica ciudad hasta las dos y cuarenta y seis minutos de la tarde siguiente, aprovechando bien el tiempo, pues no descansé un instante; y sin embargo dejé de ver multitud de cosas interesantísimas. Un libro se necesitaria, amigo mio, solo para dar somera noticia de los monumentos que embellecen la patria de la gran Teresa de Jesus. No quiero, sin embargo, dejar de decir á usted que los recorrí cabalgando en la mulita del amabilísimo é ilustrado señor obispo, el que, noticioso de la flojedad de mis piernas, me hizo este gran-

de obsequio, que le agradezco en el alma. Pero, ¡qué murallas! ¡qué catedral! ¡qué custodia de Juan de Arfe! ¡qué basílica bizantina de San Vicente! ¡qué convento de Santo Tomás, con su primoroso sepulcro de don Juan, hijo de los Reyes Católicos, no inferior en mérito y preciosos detalles á los en que descansan los restos de estos escelsos príncipes en la capilla real de Granada! ¡qué estatua (produccion de Gregorio Hernandez) de Jesus atado á la columna! ¡qué otra en mármol representando al mártir San Segundo, obra de Berru-

ALMANAQUE DE EL MUSEO UNIVERSAL.



COLOQUIO DIPLOMÁTICO.

UN TESORO.

guete! ¡qué Avila en fin! ¿Y hay quien vaya al extranjero á recibir impresiones, cuando acá tenemos tantas y tan preciosas curiosidades?

Creo, y no me equivoco, que Toledo y Avila, consideradas en total, no tienen rivales en el mundo; prescindiendo de los méritos parciales y genuinos que la mayor parte de nuestras ciudades pueden ostentar, acaso no tan preciados de los naturales, como admirados hace tiempo por los extranjeros de todas las naciones.

Quisiera que conociese usted las estatuas del gran escultor Gregorio Hernandez que abundan en Castilla, del cual dice Ponz, y con razon, que si fuera posible trasladarlas, como se traslada un cuadro, seria tanta la celebridad de Hernandez como la de Murillo. Yo puedo añadir, que despues de Alonso Cano, no he visto nada mejor, ni tan bueno.

Tal vez en adelante le diga algo mas de Avila, si para entonces no ha salido una obra, que, segun noticias, está escribiendo un distinguido magistrado, hijo de aquella ciudad, sobre antigüedades de la misma.

Antes de dejar la pluma, quiero emitir una observacion acerca de las audiencias de Valladolid y Burgos que visité á mi paso por ambas capitales. Al recorrer estos edificios recibí un nuevo desengaño, pues, á pesar del laudable celo y de los grandes esfuerzos de sus dignos regentes, están bien lejos de corresponder á su alta significacion, como lo están casi todas las de España, inclusa la audiencia de la corte y aun el mismo tribunal supremo de Justicia.

Sensible es en verdad, que mientras se erigen opulentas fábricas para casas de moneda, teatros, cuarteles, tribunal mayor de cuentas, etc., se deje á los de justicia en casuchos viejos, destartados, y sin el ornato y decoro que sus altas funciones reclaman. Desgraciadamente este mal es añejo, pues los grandes monarcas, en cuyos reinados se erigieron catedrales como la de Burgos, monasterios como el de Miraflores y las Huelgas, conventos y colegios como el de San Pablo y Santa Cruz de Valladolid, en nada pensaron menos que en levantar palacios á la justicia, primera necesidad social de los pueblos; y lo mas extraño es que los escelsos Reyes Católicos, que por do quiera dejaron monumentos, augusto testimonio de su grandeza, y crearon las chancillerías de Valladolid y Granada, tampoco se ocupasen de ello; y solo su biznieto Felipe II, fue quien, á la vez que se continuaba la obra de la magnífica catedral granadina, comenzada con el diseño y bajo la direccion del gran Diego Siloe, mandó edificar el palacio de justicia (hoy destinado á real audiencia), como lo atestigua la inscripcion latina del célebre Ambrosio de Morales, esculpida en la puerta central de la fachada, rica en mármoles y en profusa ornamentacion (1).

Todas las demás audiencias están en casas prestadas, que se edificaron con objetos diversos (2), por cuyo motivo no reúnen las condiciones necesarias, para que se administre la justicia con holgura y sosiego, soliendo estar situadas en barrios estrepitosos, ni tienen salas bien acondicionadas para sus funciones, con las accesorias para dependencias anejas; y si hay alguna, como la de Barcelona, con parte de estos requisitos, debido es á la casualidad de haber quedado sin destino despues de la guerra de sucesion, el antiguo palacio de la diputacion catalana, y no porque Felipe V pensase mas en esto que sus antecesores.

Mucho podria añadir tocante al asunto; pero olvidemos por hoy la consideracion de lo que nos falta, para gozarnos en la de lo bueno que aun conserva nuestro pais, como es fácil advertirlo á donde quiera que se di-

rijan los pasos, de lo que se convencerá usted mas y mas con las ligeras indicaciones de esta mi breve correria, y ahora voy, aunque no sea mas que á apuntar á usted, como le ofrecí en mi anterior carta, las nuevas impresiones que he recibido en este portentoso monumento, el mas á propósito por su grandeza y perfeccion para bajar el orgullo á los hombres de nuestro siglo, muy adelantado en verdad, pero todavía mas presuntuoso.

Se hacen en todo este edificio del inmortal Herrera importantes obras de reparacion; el seminario é instituto de segunda enseñanza, fundado no há mucho, están ordenados de una manera admirable, siendo dignos de visitarse los magníficos gabinetes de fisica é historia natural, tambien de época muy reciente; llamando sobre todo la atencion en el segundo la escogida y copiosa coleccion de sales de esas admirables canteras ó criaderos de Cardona surtida de preciosos cristales y de multitud de ejemplares, los mas raros por sus vivos y variados colores y figuras, formada por el distinguido y laborioso Mosen Riba, eclesiástico que honra á Cataluña y cuyo museo, establecido en la misma Cardona, he tenido ocasion de admirar; museo que, en otros paises, hubieran adquirido á cualquier precio los gobiernos, ó por lo menos recompensado espléndidamente á la entendida, desinteresada y perseverante persona que lo ha formado á fuerza de sacrificios y fatigas, y especialmente el aparato óptico inventado por la misma, al que da el nombre de *Saliscopio* y en el que, con el auxilio de la luz del sol y de cristales de aumento, se goza de los mas lindos matices de la sal gema, cortada en planchas ó láminas sutiles, haciéndolas representar bellísimos celajes, volcanes, los colores del iris y otros mil sorprendentes caprichos. Conozco que me he extraviado; pero no puedo tolerar la falta de justicia distributiva de este pais, en el que, mientras se premia con largueza habilidad é invenciones frívolas que maldita la pro que traen, yacen en el olvido mas lamentable obras é inventos de hombres modestos y estudiosos que se afanan por el progreso de las ciencias. Y volviendo á nuestro Escorial, diré á usted que se ha trasladado con laudable prevision de la gran sala, cuyo techo es de madera y espuesto, por consiguiente, á ser presa de las llamas, á otra de la planta baja, cubierta de sólida bóveda, el archivo ó biblioteca de códices y rarezas literarias é históricas que, como usted sabe, es de inestimable precio; y he observado otra infinidad de reformas, que seria prolijo referir, debidas todas á la inteligente solicitud del digno eclesiástico señor don Dionisio Gonzalez, ilustrado director que ha sabido dar al culto el esplendor que es tan propio de este suntuoso templo, y hacer del Escorial un semillero de hombres útiles, que algun dia pagarán á S. M. la reina la deuda que ahora contraen; pues ha de saber usted que, para sufragar los inmensos gastos que tales establecimientos ocasionan, así como las obras de restauracion que de continuo se hacen, ha cedido S. M. de mucho tiempo acá las rentas de todas las fincas anejas al Escorial y pertenecientes por tanto al real Patrimonio.

Basta por este año; el verano que viene, si Dios nos da vida, no será usted mi corresponsal, sino mi compañero de expediciones, y transmitiremos á nuestros amigos de acá las impresiones que recibamos en ese hermoso pais en que tanto abundan las bellezas naturales, y los preciosos monumentos de las artes, casi ignorados algunos de ellos, especialmente los de la época bizantina, como sucede con la iglesia de Llanas, cerca de Camprodon, que visité el verano anterior, y que parece recién construida, tal es la dureza de las piedras de que está formada, y donde existe un precioso frontal coetáneo de la fundacion, con pasajes de la vida de San Estéban; con la de Llerona, cerca de Granollers, que es fama fue de templarios y en la que se custodian alhajas antiquísimas y una pila de agua bendita á la que sirven de columna dos capiteles árabes colocados uno sobre otro con una inscripcion que seria conveniente traducir; con la de la Garriga, de época mas reciente llamada la *Doma*, de cuyo retablo mayor y otros objetos de la misma ha mandado usted ya á EL MUSEO UNIVERSAL tan bellas muestras; con la de San Pedro de Vilamayor, llamada la *Forsa* porque sirvió en tiempos remotos de fortaleza, cuya torre es notabilísima por su antigüedad y solidez, y donde se conserva el retablo principal compuesto de tablas adornadas de crestería, y una cruz parroquial gótica de las mejores que he visto; con la de San Juan de las Abadesas, sobre la que ya ha escrito una curiosa monografía el ilustrado presbítero don Pablo Parasols, y en la que hay que admirar no solo el edificio, que es de un mérito arqueológico extraordinario, sino los ornamentos, algunos cuadros y estatuas, y muy principalmente la notable coleccion de frontales y el paño mortuorio, ricamente bordados de oro y que representan asuntos sagrados como la Anunciacion, la Adoracion de los Reyes y otros, siendo obra á mi entender de los siglos XIV y XV á lo mas, y con la de otras muchas de que ni siquiera tendremos noticia, pues en verdad en España ha habido hasta ahora un abandono punible en esta materia de parte de quien mas interés debía tener en la conservacion de tales monumentos y preciosidades.

Pero veo que me voy separando del objeto que me propuse en estas cartas ó *pot purri*, y que serian el

cuento de nunca acabar si no las cortamos á lo Alejandro; así lo hace y saluda á usted afectuosamente su amigo

P.

P. S. A nuestros queridos compañeros de la academia de Buenas Letras sírvase usted hacerles presente mi afecto y decirles que echo mucho de menos los buenos ratos que pasé entre ellos por espacio de tantos años; ratos que fueron el mayor lenitivo de mis penas; y á nuestro muy digno y amabilísimo presidente señor don Manuel Milá y al ilustrado amigo don José Feu, que recibí con especial aprecio sus últimas obras: *La Resenya històrica dels antics poetas catalans*, del primero, (mas conocido y justamente apreciado en el extranjero que en esta ingrata patria que suele conducirse con sus mas esclarecidos hijos con la tibieza y aun desvío de una despiadada madrastra) preciosa memoria premiada con la medalla de oro y que yo premiaría con otra de brillantes y la que lleva el demasiado modesto título de: *Apuntes para la historia de la literatura catalana*, del segundo, las que, en mi pobre juicio, son dos joyas literarias de gran precio; y no deje usted de rogarles que no me olviden cuando den á la estampa alguna otra de sus bellas producciones, que, por ser obras literarias, como suyas amenas é instructivas y por añadidura de amigos catalanes, serán para mí, como si dijéramos: miel sobre hojuelas.

Diga usted tambien al estimadísimo señor Milá que el recuerdo de nuestra grata expedicion *terrestre* á Ripoll en union de varios distinguidos compañeros de la academia de Bellas Artes y en representacion de ella, con el fin de inspeccionar las obras de reedificacion y restauracion de aquel renombrado monasterio (cuya sola portada ó frontis principal es una preciosa página ó mas bien admirable libro de la historia de Cataluña y d' arte) y el de la otra *marítima* desde la linda poblacion de Blanes, á la antigua, pintoresca y monumental de Tosa, en compañía de los caros amigos Singla, Beau y Moré, con todos sus episodios y muy especialmente el peligro de *naufrajo*, por haberse roto con la fuerza del viento la endeble cuerda llamada en el pais *fil d'empalmar* con que estaba sujeta la vela de nuestro pobre bagel, con temeraria confianza, por los marineros que le conducian; no pudiendo disimular por ello los menos esforzados, que no quiero decir quiénes eran, los temores que de zozobrar les acometieron en las bulliciosas aguas de los Hervideros, provocando tal cobardía la risa de los valientes, ó que al menos sabian hacer el papel de tales; y la espléndida y cariñosa hospitalidad de nuestros anfitriones de ambos puntos, los he evocado mas de una vez para templar tambien con ellos, como lo he conseguido, la intensidad de ciertos pesares, que á nadie faltan en este pícaro mundo.

Algo diera yo por ver una monografía sobre el citado monasterio y otra de Tosa, cuya historia debe ser interesante, que así lo hacen creer sus vetustas murallas flanqueadas de elevados y fuertes torreones y cuyo estenso recinto contiene respetables ruinas de multitud de edificios, entre ellas las de un templo gótico y del hospital de peregrinos, vestigios todos de su antigua grandeza. ¿Si entenderá esta indirecta alguno de esos amigos?

LA NUEVA VIDA.

De la pasada vida
Aun viene á renovar tenaz memoria
Del corazon la herida...
¡Ay, juventud, perdida
Entre delirios de funesta gloria!
Con paso no seguro
Llegué del mundo á la ignorada senda;
Y, roto el débil muro
Que vela el goce impuro,
De mi hermoso candor cayó la venda.
Vé, tornándome ciego;
Huyó la paz del alma de improviso;
Perdido ya el sosiego,
Murió para mí luego
La encantadora luz del paraíso.
Negro el celeste manto,
Sin flor ni fruto inmensas heredades,
Oía con espanto
De las aves el llanto
Y el fragor de terribles tempestades.
Del falso amor vivía,
Del placer que el hastío me brindaba,
Un día y otro día
Buscando la alegría
Donde la fuente del dolor hallaba.
Veló en vano mi sueño
El maternal afán, con lisonjera
Voz y cándido empeño
Recordando el risueño
Cuadro de glorias de mi edad primera.
Y en mis párpados rojos
Leyó tal vez mi madre un desencanto
Que á su amor daba enojos,
Mientras roció mis ojos
Con la bendita lluvia de su llanto.

(1) Hermosea la plaza Nueva (de Granada) el edificio de la Chancillería, ó palacio de la audiencia. Comenzóse su obra en el año de 1584 y continuó hasta el de 1587: fueron sus constructores Martin Diaz Navarro y Alonso Hernandez; y es verosímil que el diseño fuera de Juan de Herrera ó al menos corregido por él, en razon á que fue obra emprendida por órden y aprobacion de Felipe II, el cual no consentia que se elevase edificio alguno considerable en su vasta monarquia, sin intervencion de aquel famoso artífice. La fachada es elegantísima, con tres puertas. La de en medio se adorna con dos columnas de jaspe á cada lado y su entablamento, sobre el cual hay un leon de escultura que tiene en sus garras una tarjeta con la siguiente inscripcion compuesta por el esclarecido cronista Ambrosio de Morales *Ut rerum quæ hic geruntur, magnitudini non omnino impar esset tribunalis majestas, Philippus secundus Regis providenter, regiam hanc libitibus diducandis amplificandam, et hoc digno cultu exornandam censuit. Domino Ferdinando Niño de Guevara Præsidente. Anno Domini MDLXXXVII.* Traducido dice: Para que la magestad del tribunal correspondiese á los importantes asuntos que en él se tratan, la sabiduría de Felipe II determinó engrandecer y adornar con todo decoro esta regia estancia. Año de 1587 siendo presidente don Fernando Niño de Guevara. Sus siete balcones descansan sobre ménsulas y así estos como las ventanas del cuarto bajo están guarnecidas de jambage de buen gusto, que remata en frontispicio. Don Fernando Niño de Guevara mandó hacer el ventanaje de hierro y colocar sobre el balcon principal estatuas representando la Fortaleza y la Templanza: la obra interior quedó incompleta, como se nota penetrando en el edificio, cuya escalera magnífica y corredores bajos forman contraste con lo mezquino del cuerpo segundo. El Rey distraído con la obra del Escorial, olvidó la conclusion del palacio granadino.

La fuente Alcantara.—Libro del viajero en Granada.

(2) La de Albacete, no ha muchos años creada, reclamaba imperiosamente un nuevo edificio por no haber en esta poblacion ninguno antiguo á propósito para el objeto; y al fin, despues de muchos trabajos y de vencer su regente con gran constancia multitud de obstáculos, se llevó á feliz término el que hoy ocupa, que si bien no tiene toda la grandeza que debiera; atendidos los medios con que se ha contado, no deja de ser decente y de estar decorado con sencilla dignidad.

Lágrimas maternales
 Bálsamo fueron con que el cielo quiso
 Poner fin á mis males;
 Promesas celestiales,
 Gérmes de nueva luz del paraíso.
 En ese llanto fundo
 La dulce paz del alma que hoy concilia
 Tanto goce fecundo
 Con que, huyendo del mundo,
 Vivo en el santo amor de la familia.
 Y hoy, si mi madre llora,
 Es de placer, pues ve mi bienandanza;
 Ve que en mi pecho mora
 Un amor que atesora,
 Con recuerdos del suyo, la esperanza.
 Hoy sonrío, pues siente
 En mi tranquilo hogar la voz sencilla
 De mi niña inocente,
 Y refrescan su frente
 Los besos de su alegre nietecilla.
 El cielo azul y hermoso,
 Los patrios valles florecidos veo;
 Escucho en mi reposo
 Al malvís amoroso,
 Y ante la mar serena me recreo.
 Con mi madre sonrío,
 Y todo es gala ya cuanto fue luto...
 ¡Dios bendiga el rocío
 Que en campo yermo y frío
 Hizo frotar la flor y el dulce fruto!
 Ya mas goces no anhelo;
 Bástame ya la paz que reina en casa,
 De fiel esposa el celo,
 Y este mi amor del cielo
 Que me inunda de luz y no me abrasa.
 Corra tras el abismo
 El que compra el placer al miserable
 Mundanal egoísmo...
 Dentro está de mí mismo
 De mi dicha la fuente inagotable.
 ¡Oh! cuán desventurado
 Aquel que, en cieno el alma sumergida,
 La luz no ha recobrado,
 Ni á gozar ha llegado
 Las santas glorias de mi nueva vida!

1864.

EDUARDO BUSTILLO.

TRES VALIENTES.

DEL LIBRO IDÉDITO «SUEÑOS Y REALIDADES.»

I.

Estaba yo una tarde en el Suizo, solo y aburrido. Apenas había gente, y los escasos concurrentes me eran completamente desconocidos. Así es que me dediqué á observar á los que mas cerca de mí se hallaban, por si encontraba algun tipo digno de ser descrito ó adivinaba por cuatro palabras cogidas al vuelo alguna intriga de las muchas que hay en la vida, y sobre todo, en la vida madrileña. Quien desde luego llamó mi atención fue un personaje, sentado á una mesa al lado de la que yo ocupaba; y en verdad que merecía un detenido estudio.

Era un hombre como de cuarenta años de edad, medianamente fornido y de un color cetrino semejante al de los rifeños; su pelo negro, pero sin brillo, se hallaba cortado al rape; sus enormes patillas echadas hácia los ojos, daban á su fisonomía un aire de maton que trascendía á doscientas leguas; sus ojos estaban húmedos, ojerosos y conservaban las huellas de la embriaguez habitual; en una de las mejillas campeaba un prolongado *jabeque*, esto es, una soberbia cuchillada, obra sin duda de la inteligente navaja de un maestro.

Figuraos, en fin, este individuo con unas relucientes botas de charol, un estrechísimo pantalon gris, un chaleco negro sobre el que lucía una enorme cadena, mas propia para amarrar un navío de tres puentes, que para guardar un reloj, una levita tambien negra sumamente entallada, y un sombrero exageradamente echado sobre la oreja derecha, y tendreis su vivo retrato.

Delante de él se veía un platillo con cigarros y una copa de ron.

Me hallaba yo absorto contemplando á mi personaje, cuando vi entrar otro tipo, que despertó tambien mi curiosidad en sumo grado.

Era un hombre bastante alto, y que lo parecia mas aun, por su exagerada demacración: iba completamente de negro y cualquiera hubiera podido tomarle por un sacerdote vestido de *paisano*; su rostro tenia una extraña tinta pálida, amarillenta, lívida, biliosa; sus ojos sobre aquel rostro muerto, mármoleo, parecían dos volcanes en erupción; pero el ardor de la mirada contrastaba con el decaimiento del cuerpo, con la cadavérica inercia del resto de su fisonomía.

—Compare, ¿quiere usted tomar alguna cosa? dijo el de las patillas de maton al que entraba.

—Gracias, contesto éste y se sentó.

Hacia un momento que hablaban en voz apagada, cuando un tercer personaje apareció en escena, y sin decir oste ni moste se sentó á la mesa con los otros dos.

—Hola, Frasquillo, ¿cómo te va?

—Sin novedad, caballeros. Mayer, una taza de té sin leche.

—¿Quiere V. ron ó coñac? preguntó el mozo.

—Nada mas que el té.

El tercer interlocutor parecia á primera vista un pollo como tantos otros que pululan por Madrid. Podria tener veintidos años y aparentaba menos aun, pues no llevaba barba alguna: pantalon de última moda, chaleco algo escotado con correa con dijes de acero, corbata de color claro, salida indudablemente de casa de Clement ó de la de Plantey, chaqué de lana oscura de elegante corte y sombrero á la inglesa, hé aquí el traje de aquel nuevo personaje: llevaba el pelo echado hácia adelante y jugaba con un *róten* sostenido á su muñeca por una estrecha correa.

Resumiendo mis observaciones, dije para mi capote, estos tres individuos son á no dudar: el primero un perd navidas, el segundo un cura semejante al que nos pinta Espronceda en el Diabolo Mundo, y el tercero un pollo aficionado á toros. ¡Buen terceto!

Pusiéronse á hablar en voz baja y apenas podia yo coger alguna que otra palabra, que no me ayudaba á averiguar el objeto de la conversacion. Pero sin duda la discusion debió agriarse, pues al poco tiempo el diapasón empezó á subir y pude enterarme de lo que se trataba. Probablemente alguno de los tres habia contado uno de esos actos de extraordinario valor en que él era el protagonista, los otros por no ser menos se habian apresurado á referir alguno de sus lances mas famosos, y de palabra en palabra, y de aventura en aventura, la cuestion habia venido á plantearse en una forma precisa y concreta, que podria traducirse en esta pregunta:

¿Cuál de los tres es mas *guapo*?

—A la prueba me remito, dijo el perdonavidas con un gesto como quien se echa mano á la faja para tirar de la navaja.

—Paz, caballeros, dijo el vestido de negro. Cada cosa á su tiempo.

Mientras tanto el aficionado á toros tomaba con la calma mas completa una taza de té.

—Pues, señor; se trata de saber cuál de nosotros tres tiene el alma mas echada para atrás, ¿no es eso?

—Justo y cabal.

—Pues para eso no es preciso andar á lapos. Los tres tenemos hechas nuestras pruebas, á los tres no hay quien nos tosa ni en Triana, ni en el Perchel, ni en el Mundo Nuevo, ni en el barrio de Maravillas. Lo que es preciso es que cada cual haga una heroicidad tan grande como pueda, y el que la haga mayor, aquel será el mas templado.

—Tienes razon.

—Pues manos á la obra. Un mes de término me parece será bastante tiempo para hacer una que sea sonada.

—Y sobra. Pero, ¿quién ha de decidir el pleito?

—Cualquiera. Este caballero, por ejemplo.

Y me señalaba á mí el del vestido negro.

—¿Decía usted algo? pregunté.

—Dispense usted, me dijo el pollo con la mas esquisita finura; tenemos entre los tres una cuestion, y habiendo de resolverse en el término de un mes, suplicamos á usted sea el juez que la decida.

Me dieron tentaciones de escusarme y de declinar la jurisdiccion que se me ofrecía; pero la curiosidad venció al temor de verme en tratos con aquella gente, y acepté.

—Muchas gracias, me dijeron los tres. De hoy en treinta dias, en este mismo sitio y á esta misma hora.

—Descuiden ustedes, no faltaré.

—Fiamos en su amabilidad.

Y se despidieron y marcharon.

II.

Aquellos treinta dias me parecieron treinta siglos. Creí que nunca iban á acabar. Tanta era mi curiosidad y tan grande mi impaciencia. Durante aquel mes de inmensa duracion, en ninguna parte conseguí ver á ninguno de mis tres héroes, por mas que en todas partes los buscaba.

Aquella extraña apuesta, aquella competencia de valor, semejante á la de don Juan Tenorio y don Luis Mejía, habia circulado rápidamente por Madrid, y todo el mundo esperaba con impaciencia su resultado.

Se sabia que no mediaba dinero en aquella apuesta, y la circunstancia de luchar los competidores tan solo por la *negra honrilla* en este tiempo de positivismo especulador, daba un incentivo mas á la curiosidad pública. Pasaron al fin los treinta dias mortales, se aproximó por último la hora marcada, y cinco minutos antes que diese, me apresuré á entrar en el Suizo.

La pastelería, que era el sitio donde la apuesta habia tenido lugar, y donde por consiguiente iba á resolverse la cuestion, estaba de bote en bote. No solo sus mesas, escasas por cierto, se hallaban ocupadas por doble número de personas que las que racionalmente

podieran sentarse á su alrededor, sino que habia mucha gente de pié, y cuatro grupos se estacionaban en cada una de las cuatro puertas del reducido saloncito. En el centro se veía una mesa desocupada y cuatro banquetas colocadas á su alrededor. Mayer me ha confesado despues, que nunca jamás ha habido un consumo tan grande de pasteles ni un gasto tan nunca visto de cerveza. Y es que la curiosidad, para hacer esperar sin impaciencia el anunciado espectáculo, se entretenia con las savorinas ó los chantillis y con el amargo líquido de Santa Bárbara.

Al dar la primera campanada de la hora, aparecí en el estrecho círculo vacío, y me senté en el lugar preferente de la mesa desocupada. Como que era el juez del campo de aquel extraño torneo.

Al verme circuló en torno un contenido murmullo, un indecible estremecimiento.

Al dar la última campanada de la hora, la multitud se abrió por tres partes, y los tres personajes de mi historia aparecieron y tomaron asiento sin decir una palabra, impenables como tres estatuas.

El perdonavidas iba vestido de majo, esto es, llevaba un estrecho pantalon negro, ligeramente abotinado sobre el charolado zapato: un pañolón de espumilla de China, negro bordado en colores, rodeaba su cintura y apenas dejaba ver nada de su escotado chaleco; la camisa bordada lucía ricos botones de brillantes y la corbata un soberbio solitario; una sencilla, pero elegante chaquetilla de terciopelo negro, dibujaba perfectamente su robusta musculatura y un pequeño calañés daba mas resolucion á su fisonomía enérgica y acentuada.

El que parecia un cura de incógnito iba con su mismo vestido negro, con su cara de muerto y con sus ojos encandilados.

El pollo aficionado á toros iba vestido con esquisita elegancia. Su abrigo gris desabrochado dejaba ver el frac negro de última moda, el chaleco y el pantalon tambien negros, la sencilla camisa con elegantes botones de esmeraldas y la preciosa cadena doble: llevaba corbata blanca y una de sus manos oprimia unos guantes blancos sin estrenar.

—Buenas tardes, señores, les dije.

—Muy buenas, me contestaron alargándome las manos.

—Veo son ustedes puntuales como el reloj.

—Igualmente que usted, por lo que debemos darle un millón de gracias.

—No hay de qué. ¿Quieren ustedes que entremos en materia?

—No hay inconveniente, pero antes tomemos algo.

El maton tomó un vaso de erchata, el cura una limonada gaseosa y el pollo una copa de menta. Yo me abstuve de tomar cosa alguna.

—Sabrá usted, me dijo el pollo despues de tomar un sorbo de licor, que se trata de ver cuál es el mas valiente de nosotros tres. Cada cual hará una prueba de su valor, y usted decidirá cuál se lleva la palma. La cosa es bien sencilla, como usted ve.

—Me hago cargo.

—Pero usted comprenderá que las pruebas no pueden tener lugar aquí.

La concurrencia al oír esto dejó escapar un murmullo de disgusto muy significativo. Ninguno de los tres se dió por aludido.

—Queremos, pues, saber si puede usted disponer del resto del día y de la noche.

—Nada tengo absolutamente que hacer y estoy á las órdenes de ustedes.

—Pues entonces, dijo el perdonavidas, yo abro la marcha. A la puerta tengo una carretela, nos metemos los cuatro en ella, y andandito.

Salimos del Suizo, seguidos por la concurrencia que tenia muy mal gesto al ver que la cuestion iba á resolverse sin que pudiera presenciar su resultado, nos metimos en la carretela y echamos hácia la puerta de Alcalá.

III.

—¿A dónde vamos? pregunté.

—A la plaza de toros, me contestó el maton. No se trata mas que del quiebro del Gordito. Este es testigo (y aquí el aficionado á toros dió una cabezada afirmativa) de que no entiendo ni una jota del arte de Montes y el Chiclanero. Por mas que he hecho jamás he podido distinguir un volapié de una estocada recibiendo y así por lo demás. Así es que he creído hacer una cosa que no sea una vulgaridad, saliendo á dar el quiebro sin saber una palotada de toreo. Con que tú, pollo, espícame en dos palabras ese bendito quiebro, para saber lo que he de hacer.

Al oír este discurso me quedé estupefacto. Aquello era, permitaseme la palabra, una barbaridad.

El aficionado con la mayor sangre fria esplicó á su amigo la suerte del quiebro.—Enterado, contestó él.

—¿Pero, hombre, que va usted á hacer? le dije al ver que llegábamos y se bajaba de la carretela.

—Toma, cuando lo hace el Gordito, ¿por qué no lo he de hacer yo?

—Porque él sabe hacerlo y usted no.

—¡Bah! Pues por eso mismo,

ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO 1866.



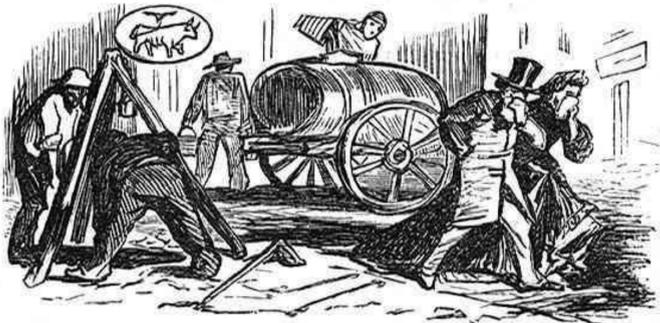
ENERO.
Gran comunista es el frío
que hace de lo tuyo mío.



FEBRERO.
—Podrás verme en *Chameri*.
—¡Basta! ya te conocí.



MARZO.
—¿Tienes bula, Baldomero?
—Lo que no tengo es dinero.



ABRIL.
—¡Ya abre su cáliz la flor!
—Se conoce... en el olor.



MAYO.
Con estas aguas del cielo
crecen la yerba y el pelo.



JUNIO.
—Se marchan los diputados.
—No hay duda que irán cansados.



JULIO.
Se va el que tiene dinero
á bañarse al extranjero.



AGOSTO.
Quien si ha de comer trabaja
se remoja en la tinaja.



SEPTIEMBRE.
Se ferian muy arreglados
hombres públicos usados.



OCTUBRE.
Para dar sin penas fruto
no hay viña como el tributo.



NOVIEMBRE.
—Este es muerto de etiqueta,
—Pues cumplo con la tarjeta.



DICIEMBRE.
Cualquier noche, el que se casa,
una noche buena pasa.

Este ALMANAQUE, escrito por los primeros literatos, y con profusión de grabados, se regala á todos los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL, que lo sean para todo el año de 1866 y se les remitirá tan luego como se tenga aviso de la renovacion de suscripcion. Este ALMANAQUE, por la multitud y variedad de sus artículos, y graciosísimos grabados, es interesante.

Y entramos en la plaza.

—Pero deténganle ustedes, dije á aquellas estátuas, que no otra cosa parecían los otros dos por su impasibilidad. ¿No ven ustedes que eso es un disparate, que el toro lo va á despachar, como quien bebe un vaso de agua?

Los dos se encogieron de hombros.

—Pues yo no sanciono con mi presencia un acto tan atroz.

Cada uno me cogió de un brazo y á duo me dijeron:

—Ha dado usted su palabra de honor de ser el juez de la apuesta.

Tuve que resignarme.

Se verificaba una corrida de aficionados: uno de los picadores de afición tenía ya una costilla rota, dos banderilleros habían sufrido dos soberbios revolcones saliendo milagrosamente sin heridas; en cuanto á los espadas uno tenía un magnífico puntazo en una pierna y el otro se había desconjuntado la muñeca al dar una estocada. Pero felizmente estaban ya en el último toro y debía matarlo, según me indicaron, uno de los espectadores en extremo inteligente.

Fijé mi atención en el vicho que se corria, y me quedé asustado: aquello no era un becerro, ni mucho menos, sino un toro hecho y derecho.

Llegó al fin el momento temido. El maton bajó al redondel, se preparó á la suerte y se sentó en la silla. El toro llegó como un cohete, y la silla y el que estaba sentado en ella rodaron por el suelo.

—No será porque no le expliqué bien la suerte, dijo el aficionado.

Bajamos á la enfermería. El perdonavidas solo tenía un puntazo en el brazo. Le ataron un vendaje contra su voluntad, pues todo se volvía decir «no vale la pena,» hizo que le cepillaran, y sin perder ni un instante su serena impasibilidad, salimos de la plaza de toros y nos volvimos á meter en la carretela.

—Compare, venga esa mano, dijo el aficionado. Si Cayetano tuviera tu alma, vaya una espada que sería, hasta allá, y no volvería la cabeza al meter la mano. Sabes, no has fruncido una ceja, ni mudado el color al arrancarte el vicho.

—Es usted un héroe, le dije. Ponerse sin saber una palabra delante de un toro, é intentar nada menos que

el quiebro de la silla, eso ya no es valor, sino una excesiva temeridad, una locura.

—¿A dónde vamos ahora? preguntó el maton para cortar nuestras alabanzas.

—Yo soy el último, dijo el pollo aficionado á toros, pues mi prueba empezará á las nueve.

—Pues entonces, es mi turno, exclamó el cura. Cochero, á la barbería del tío Palomo, ya sabes, en la calle del Tribuleque.

Y el coche echó á andar.

(Se continuará).

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALUE.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Aquel que sube mas alto, da mas fuerte la caída.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.